

los apóstoles, su autoridad, la estancia en Antioquía. Cuando los relatos canónicos ya no ofrecen más datos, el autor recurre a otras noticias, algunas de carácter más fantástico, como él mismo deja de relieve; en particular todas las «aventuras» de Pedro en relación con Simón el Mago, también en Roma, en torno a la persecución de Nerón y a la muerte del apóstol.

Según Tessore, se puede hablar de Pedro como primer obispo de Roma, en cuanto ostentaba la dignidad y las funciones episcopales. Del mismo modo, afirma que la primacía de Roma es debida a la presencia de Pedro y a su martirio en dicha ciudad. El autor entiende, asimismo, que Lino y Cleto compartieron con Pedro la

dignidad episcopal, siendo colaboradores y secretarios del apóstol durante los últimos años de su vida, y que Clemente fue ordenado obispo por el mismo Pedro poco antes de su muerte. Durante su reclusión en la cárcel Mamertina, previa al martirio en la colina vaticana, podría haber escrito su segunda carta.

El libro de Tessore no es para especialistas. Sin embargo, ofrece al gran público una interesante y rigurosa visión de conjunto de la vida de Pedro, tanto exterior como interior, con lo que se puede saber y con lo que, basándonos en datos históricos y en la tradición, posiblemente fue.

Juan Luis CABALLERO

**Stephen FINLAN**, *The Apostle Paul and the Pauline Tradition*, Collegeville (Minnesota): Liturgical Press, 2008, 229 pp., 15 x 22,5, ISBN 978-0-8146-5271-8.

Finlan es autor de una media docena de libros, publicados en editoriales académicas, en los que, de un modo particular, ha tratado el tema de la expiación, objeto de sus estudios doctorales en la Universidad de Durham (Reino Unido). En los últimos años, ha tenido periodos de docencia en Fordham y en la Drew University (Madison, New Jersey). Desde 2011 es pastor de la Mathewson Street United Methodist Church.

El libro que ahora reseñamos es una introducción a las cartas paulinas, pensada para estudiantes. Los temas se tratan de una forma concisa y con muy pocas notas a pie de página, aunque se ofrecen pistas para seguir profundizando personalmente en ellos (de todos modos, no deja de llamar la atención, en la bibliografía final, la ausencia de un buen número de obras modernas

de referencia, así como la de muchos destacados especialistas de habla alemana, francesa o italiana). De los once capítulos de que consta, nueve están dedicados a las cartas en cuanto tales; en algunos de ellos se estudian dos (Tesalonicenses; Filipenses y Filemón; Colosenses y Efesios), mientras que el capítulo 10 aborda las tres Pastorales, y el 11 la *Carta a los Hebreos* más otras cartas en las que, de algún modo, se refleja la tradición paulina. El primer capítulo aporta breves indicaciones sobre el contexto social y literario de las cartas paulinas, y en el segundo se traza un perfil de la vida del Apóstol.

Por lo que respecta al contenido de cada uno, el primero trata tres temas: las esperanzas mesiánicas del pueblo judío, el helenismo, la retórica y las cartas de Pablo. El perfil biográfico de Pablo comienza con

unas distinciones entre el libro de los *Hechos de los Apóstoles* y las cartas, y se detiene en algunos puntos fundamentales: la experiencia camino de Damasco, la predicación de Pablo, y el Concilio apostólico. Los capítulos dedicados a las cartas tratan sólo algunos pasajes de especial relevancia, aunque en los dedicados a las cartas más cortas, se incluyen algunos temas que sirven para todas las cartas, como, por ejemplo, la forma de argumentar del Apóstol o la ética de la alianza. El último capítulo señala, además, algunos posibles elementos paulinos presentes de la *primera Carta de Pedro*, en la *primera Carta de Juan*, y en algunos escritores de los dos primeros siglos de nuestra era. Por último, hay dos breves epígrafes dedicados a «Pablo en el siglo XXI» y a la «experiencia de la fe».

El autor explica, en la introducción (pp. xi-xiv), lo que pretende con su obra: identificar, en las cartas paulinas, qué es propiamente del Apóstol, y qué tiene su origen en la tradición paulina, ya sean textos, ya sean ideas. Para ello, explica, en primer lugar, cuáles son los sentidos que, según él, tiene la expresión «tradición». Siempre según él, en el inicio estarían las cartas y las enseñanzas de Pablo. Posteriormente, los que se encargaron de transmitir éstas, las habrían asimilado y simplificado, al mismo tiempo que se habrían escrito nuevas cartas bajo el nombre del Apóstol, en las que se intentaba comprender, clarificar y fijar dichos contenidos. Por último, se habría llegado a la forma final de las cartas, tal y como hoy las tenemos. Cada una de estas cuatro realidades sería una forma de comprender lo que es «tradición paulina».

A la hora de explicar diversos pasajes de las cartas, Finlan no recurre a excesivos tecnicismos. Se fija, sí, en el contexto social y religioso en el que las cartas son escritas,

y en textos paulinos paralelos. En su estudio parte de la división, adoptada por muchos, entre cartas auténticas / no auténticas o cartas protopaulinas / deuteropaulinas (en p. xiv mezcla ambas terminologías, aunque no significan lo mismo). Con frecuencia insiste en las dudas que hay sobre la precisión histórica de los *Hechos de los Apóstoles*. En los últimos años, sin embargo, este tema se afronta de otro modo: se trata, más bien, de estudiar en serio qué se entiende por historiografía en la Antigüedad, y acercarse así a la lectura y valoración de *Hechos*.

Finlan insiste, también con frecuencia, en que pretende buscar y mostrar al Pablo real, verdadero, llegar a los orígenes de su pensamiento y de lo escrito por él, y que con esto no pretende sustituir la fe, sino acompañarla. Desde este punto de vista, se echa en falta una reflexión profunda y madura sobre algunas cuestiones de fondo, relativas a la autenticidad, la inspiración, la canonicidad y la tradición, marco necesario para llevar a cabo una correcta exégesis. A lo largo de sus comentarios, realizados de una forma corrida, aclarando expresiones e insistiendo en los contextos, la forma de hablar sobre las posibles modificaciones de la «tradición» a los textos o a las ideas paulinas puede desconcertar, y más teniendo en cuenta que muchas cuestiones quedan abiertas y poco explicadas.

Podemos decir, por tanto, que el libro tiene sus virtualidades (la explicación sencilla de pasajes selectos), pero también sus limitaciones. Parece que, al menos para un nivel medio de enseñanza, o el planteamiento de Finlan no es el más correcto, o se hace necesario incluir una explicación más profunda de las cuestiones de introducción general a la Sagrada Escritura.

Juan Luis CABALLERO